Balta Lelija

21 de noviembre de 2026
SERIE SOBRE LA VIDA ESPIRITUAL
"Vía purgativa e iluminativa"

Acompañamiento espiritual

Es una gran suerte poder contar con un buen sacerdote u otra persona con experiencia espiritual que nos acompañe en nuestro camino interior. De este modo, es más fácil evitar ciertos peligros; por ejemplo, se puede identificar y corregir la tendencia a caer en extremos u otras actitudes similares. Sin embargo, es de temer que cada vez haya menos maestros espirituales dotados del don del discernimiento de los espíritus. Por ello, a veces conviene recurrir a buenos libros sobre la vida espiritual y beber así de las fuentes que el Señor ha concedido a la Iglesia a lo largo de los siglos.

Purificación activa

La oración, entendida como un intercambio de amor con Dios, tiene un gran poder purificador. Al experimentar su amor en nuestro interior, percibimos en primer lugar el profundo consuelo y la fortaleza que nos brinda. También nos hace capaces de aceptar y amar más profundamente tanto al prójimo como a nosotros mismos. Al mismo tiempo, el amor de Dios emprende la obra de nuestra purificación interior, ya que ilumina cada vez más nuestra vida y, a la luz de este amor, nos damos cuenta de aquellas actitudes, pensamientos y palabras nuestras que aún no se ajustan a las exigencias de la caridad.

A medida que el amor crece, Dios nos hace sentir cada vez más los rastros de nuestro egoísmo, tanto los más evidentes como los más sutiles. El amor, que es el Espíritu Santo mismo, nos atrae y nos exhorta a superar el egocentrismo con la ayuda de Dios. Cuanto más intenso se vuelve el diálogo con Él, cuanto más asimilamos su amor, más sutilmente podrá actuar en nosotros hasta conquistarnos por completo.

Estos procesos de purificación pueden resultar dolorosos, ya que nos desprenden de todos aquellos apegos y hábitos que nos impiden amar indivisamente a Dios y al prójimo. Sin embargo, sobre el dolor prevalece la alegría espiritual cuando logramos despojarnos de aquello que aún nos separa del Señor, pues, al mismo tiempo, percibimos cómo se profundiza nuestro amor por Él.

Santa Teresa de Ávila expresaba su consternación ante el hecho de que los fieles mostraran tanta vacilación a la hora de emprender el camino de la purificación. Quizá se tenga una

idea errónea que infunde temor ante lo que podría suceder. Así, tal vez ni siquiera se da el primer paso o se abandona muy pronto el camino, en cuanto aparecen las primeras dificultades. Sin embargo, esto ocurre en gran detrimento de la vida espiritual, ya que las purificaciones son indispensables para desprendernos del apego desordenado a nosotros mismos, a los demás o a las cosas materiales, y para unirnos más profundamente a Dios.

La mejor forma de comprenderlas es mirarlas desde la perspectiva del amor. Dios quiere que todo nuestro corazón le pertenezca. Solo entonces podrá llenarlo con todo aquello que ha previsto para nosotros. No hay nada más grande que despertar al amor de Dios y permitir que atraiga por completo nuestro corazón hacia Él. En la fiesta de santa Gertrudis, que celebramos hace algunos días, una de las antífonas del breviario monástico decía: *«En el corazón de Gertrudis me encontraréis, dice el Señor; en ella se complació mi alma».*

En el proceso de purificación activa, podemos poner de nuestra parte tratando de superar, con la ayuda de Dios, todo lo que reconocemos como un obstáculo para amarle sin reservas. Para este fin, y con la certeza de que Dios nos asiste en todo lo que necesitamos para este camino, hemos de despojarnos de todo temor y alegrarnos por lo que nos espera una vez atravesadas las purificaciones. Además, éstas resultan absolutamente indispensables de cara a la eternidad, pues solo cuando nuestro corazón pertenezca por completo a Dios y esté desprendido de todo lo que impide la unificación con Él, podremos alcanzar la comunión plena con Él en el cielo.

La iluminación

La Palabra de Dios es «luz en mi sendero» (Sal 118,105). Nos anuncia la bondad y la misericordia de Dios y toda su obra salvífica a favor de la humanidad. Nos instruye, nos corrige, nos exhorta y nos consuela. Nos guía hacia la verdad plena. Ante todo, son los Evangelios los que dan testimonio del Verbo encarnado de Dios (cf. Jn 1,14): Jesús, el Mesías, en quien «están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2,3).

A medida que profundizamos en el camino de seguimiento del Señor, comenzamos a ver y comprender todo lo que nos sucede y lo que nos rodea desde la perspectiva de Dios. Así, nuestro pensar y actuar quedan cada vez más iluminados y guiados por su luz. Una vez que hemos atravesado los primeros intensos procesos de purificación, que nos han liberado de nuestros egoísmos más burdos, nos resultará más fácil comprender a Dios y su forma de mirarlo todo desde el amor. Esto queda especialmente patente en los Evangelios. La actitud, el mensaje y las obras de Jesús —en definitiva, su ejemplo— dan testimonio suficiente de cómo se debe actuar a la luz del Espíritu Santo. Así, podemos entender la «vía

iluminativa» como el proceso gracias al cual la luz del Señor nos alcanza cada vez más y se hace realidad la hermosa frase del salmo: *«Tu luz, Señor, nos hace ver la luz»* (Sal 36,10).

NOTA: puesto que mañana es domingo, interrumpiré esta serie para reflexionar sobre el Evangelio del día, pero me gustaría retomarla la semana que viene para tratar otros aspectos del camino espiritual.

Meditación sobre la lectura del día en el Novus Ordo:
https://es.elijamission.net/los-dos-testigos-3/